

Movilidad social: realidad, opinión y consecuencias

Alejandro Gaviria U.¹

Durante el primer semestre del año 2005, una importante revista de circulación nacional publicó un artículo sobre la próxima generación de colombianos llamada a suceder a quienes hoy ostentan poder, dinero y reconocimiento social. El artículo mencionaba cuarenta personas menores de cuarenta años que, según los editorialistas de la revista, estaban llamadas a ocupar posiciones de privilegio y visibilidad en el sector público y la empresa privada, así como en las artes y las ciencias. Más que examinar los atributos de los seleccionados o especular sobre los sesgos de los seleccionadores, resulta ilustrativo reparar en las reacciones de los lectores ante la publicación del artículo.

Aproximadamente 200 lectores expresaron sus opiniones en la página de internet de la revista en cuestión. Muchos de ellos eran colombianos residentes en el exterior o en ciudades intermedias. La mayoría eran jóvenes y (a juzgar por los comentarios) mu-

chos poseían títulos universitarios. Aunque los lectores involucrados no pueden considerarse representativos de la población colombiana, sus opiniones (tomadas en conjunto) sí parecen representar un punto de vista generalizado acerca de la distribución de las oportunidades en el país.

En particular, las reacciones de los lectores sugieren la existencia de un clima de opinión caracterizado por el pesimismo acerca de las perspectivas de movilidad social. La mayoría considera que las posibilidades de alcanzar posiciones de privilegio y reconocimiento están cerradas para amplios sectores de la población. Del mismo modo, muchos opinan que el éxito depende de las conexiones sociales. Según la opinión de un lector indignado, los seleccionados "han llegado allí por enchufe, son los hijos de políticos y de empresarios y nada más". Muchos otros hicieron eco a la misma opinión: "los mismos con las mismas con una que otra variante", "no aparece nadie...que vislumbre un mundo más allá de la continuación de sus herencias, creencias, hábitos y placeres", "al artículo le falta decir que además de tener títulos, tienen lo principal que son los apellidos: que casualidad que casi todos son

¹ Profesor e investigador de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes. Fue Subdirector de Fedesarrollo entre los años 2000 y 2002.

hijos, nietos, sobrinos, parientes de personas muy influyentes del país", "son sólo hijos, nietos o bisnietos de la clase dirigente que siempre ha dominado al país", "sería bueno que en este país se le diera importancia a gente que también es inteligente, brillante, ingeniosa, imaginativa, recursiva y buena en su profesión pero que no tienen apellidos de alcurnia". Y así podría continuar el catálogo de opiniones hasta completar un memorial de agravios contra la falta de movilidad social.

Las opiniones anteriores no pueden simplemente descartarse con el argumento manido de que constituyen reacciones aisladas que poco tienen que ver con las percepciones de movilidad social de la población como un todo y menos con la distribución real de las oportunidades. Tal como se muestra en las secciones siguientes, tanto las estadísticas sobre percepciones de movilidad social como los indicadores objetivos disponibles parecen darles la razón a los lectores. Esto es, al menos históricamente, las posibilidades de alcanzar posiciones de privilegio (o al menos de relativo éxito socioeconómico) han estado negadas para muchos colombianos.

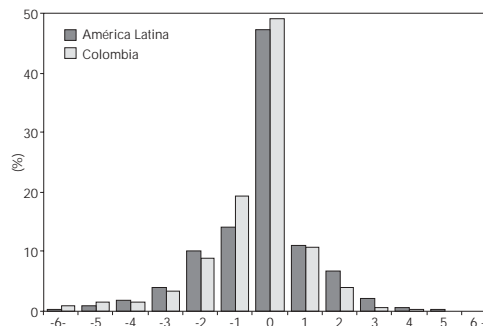
I. ¿QUÉ OPINAN LOS COLOMBIANOS?

¿Son los colombianos más pesimistas que el resto de los latinoamericanos sobre la distribución de las oportunidades y las posibilidades de movilidad social? Para responder esta pregunta de manera adecuada, uno necesitaría tener acceso a las opiniones relevantes de una muestra representativa de nacionales residentes en los varios países de la región. Por fortuna, la Corporación Latinobarómetro, con el auspicio económico del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), realiza anualmente una encuesta de opinión en 17 países latinoamericanos que contiene varias preguntas sobre las perspectivas de movilidad, en particular, y la distribución de las oportunidades, en general.

En sus diferentes versiones, el Latinobarómetro ha incluido algunas preguntas directas sobre las percepciones de movilidad social. La ronda del año 2000, en particular, incluyó dos preguntas que, tomadas en conjunto, permiten una medición razonable de los niveles percibidos de movilidad social. La primera pregunta le pide al encuestado que se ubique personalmente en una escala de estatus socioeconómico de uno a diez, siendo uno el nivel inferior y diez el superior. La segunda le pide lo mismo pero ya no con respecto al estatus propio sino al de sus padres. Así, la diferencia entre ambas respuestas permite cuantificar la historia de movilidad intergeneracional tal como es percibida por cada uno de los encuestados.

El Gráfico 1 presenta los resultados promedio, tanto para Colombia como para el resto de los países latinoamericanos tomados conjuntamente. Las respuestas indican que las opiniones sobre las posibilidades de movilidad intergeneracional son pesimistas. En Colombia, sólo 15% de los encuestados considera que su estatus socioeconómico está por encima del correspondiente a sus padres. En el resto de los países latinoamericanos, el porcentaje en cuestión es significativamente más alto pero todavía

Gráfico 1. DISTRIBUCIÓN DE LAS PERCEPCIONES DE MOVILIDAD SOCIAL



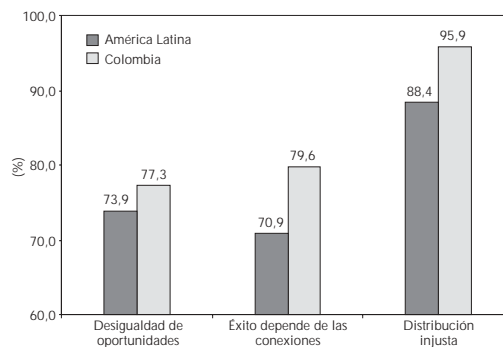
Fuente: Latinobarómetro (2000).

exiguo (21%). Además, 49% de los colombianos y 47% de los latinoamericanos opina que su nivel socioeconómico actual es idéntico al que tenían sus padres una generación atrás. En suma, los resultados señalan: i) que los latinoamericanos consideran que las posibilidades de movilidad son limitadas, y ii) que los colombianos son aún más pesimistas al respecto.

De otro lado, la versión del Latinobarómetro correspondiente al año 2000 incluyó dos preguntas explícitas sobre la distribución de las oportunidades. La primera pregunta indaga sobre si las personas tienen o no las mismas oportunidades para salir de la pobreza, y la segunda, sobre si el éxito socioeconómico depende de las conexiones. Adicionalmente, la versión del 2001 incluyó una pregunta directa sobre la justicia (o injusticia) de la distribución del ingreso. Estas preguntas complementan la evidencia presentada en el Gráfico 1 en la medida que permiten una cuantificación, así sea preliminar, de las percepciones acerca de la justicia del orden socioeconómico prevaeciente.

El Gráfico 2 presenta los resultados. Nuevamente las respuestas se tabularon por separado para Colombia y el resto de los países latinoamericanos. La mayoría de los habitantes de la región considera que las oportunidades están desigualmente distribuidas, que las conexiones son claves y que la distribución del ingreso es injusta. Los colombianos son más pesimistas (en cada uno de los tres aspectos analizados) que el promedio de los latinoamericanos. Las diferencias son estadísticamente significativas y conceptualmente sustanciales. Con respecto a la importancia de las conexiones, por ejemplo, la diferencia está cercana a los 10 puntos porcentuales: una brecha más amplia que la observada, para el total de la muestra, entre ricos y pobres o entre educados y no educados.

Gráfico 2. COMPARACIÓN DE LAS OPINIONES SOBRE "JUSTICIA SOCIAL"



Fuente: Latinobarómetro (2000-2001).

En síntesis, la evidencia indica que las perspectivas de movilidad social, así como las percepciones sobre la distribución de las oportunidades y las causas del éxito socioeconómico, son más pesimistas en Colombia que en el resto de América Latina. En últimas, las opiniones indignadas de los lectores, reseñadas con anterioridad, coinciden con las opiniones promedio: unas y otras destacan una sociedad con exiguas posibilidades de superar un origen socioeconómico desfavorable.

II. ¿QUÉ DICEN LOS INDICADORES?

La pregunta en orden es simple. Más allá de las percepciones, ¿puede efectivamente afirmarse que las posibilidades de movilidad intergeneracional en Colombia son menores que en el resto de América Latina? Aunque la carencia de bases de datos longitudinales impide una respuesta definitiva, la evidencia disponible sugiere que en este caso las percepciones son congruentes con la realidad.

Gaviria (2002) presenta una comparación de la correlación entre los años de educación de padres e hijos para cuatro países de América Latina y los Estados Unidos. Los resultados están basados en res-

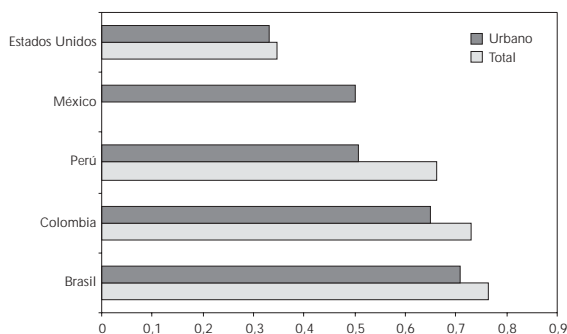
puestas retrospectivas de los jefes de hogar y sus cónyuges a una pregunta sobre la educación de los padres. Las cifras corresponden a la segunda mitad de la década del noventa, y son representativas de la población entre 25 y 65 años de edad para cada país involucrado. Así las cosas, los resultados pueden interpretarse como un promedio de la movilidad educativa para la población adulta de cada país.

El Gráfico 3 presenta los resultados. Se muestran estimativos tanto para la población total como para la población urbana, con la excepción de México donde las cifras rurales no están disponibles. Los estimativos están cerca de 0.70 para Brasil y Colombia, de 0.50 para México y Perú, y de 0.35 para los Estados Unidos². Tomados en conjunto, los resultados sugieren la existencia de enormes diferencias en los niveles de movilidad entre América Latina y los Estados Unidos, y de diferencias apreciables al interior de América Latina³. Así, por ejemplo, la probabilidad de que un colombiano cuyos padres apenas completaron dos años de educación haya completado su educación secundaria ha sido 8,6%. Pero la misma probabilidad habría sido casi dos veces más alta si Colombia hubiese tenido los niveles de movilidad observados en Perú. Las conclusiones son incluso más dramáticas cuando se examina la probabilidad de acceder a un grado universitario. Esta probabilidad ha sido inferior a 1% en Colombia, pero habría estado por encima de 5%

² Los estimativos fueron obtenidos con base en la siguiente ecuación: $S_{it} = a + b S_{i,t-1} + W_{it}$, donde S son los años de educación, cada período t representa una generación e i hace referencia a una dinastía familiar. Así, los valores de b mostrados en el gráfico son una medida de inmovilidad.

³ La escasa evidencia disponible sugiere que la movilidad intergeneracional es mucho mayor en Asia que en Latinoamérica. Un estudio reciente muestra que la correlación entre los años de escolaridad de padres e hijos está por debajo de 0,2 en Malasia. Véase Lillard y Willis (1994).

Gráfico 3. CORRELACIÓN ENTRE LOS AÑOS DE EDUCACIÓN DE PADRES E HIJOS



Fuente: Gaviria (2002).

si este país hubiese tenido los niveles de movilidad estimados para el caso peruano. En síntesis, los estimativos implican probabilidades muy diferentes de pasar de la escuela a la universidad en una generación: esta transición ha sido prácticamente imposible en Colombia, y más común (aunque todavía improbable) en México y Perú.

Pero no toda la evidencia es negativa. Gaviria (2002) también muestra que, en Colombia, la movilidad intergeneracional aumentó de manera continua durante el período 1960-1980, hasta el punto de que las últimas cohortes estudiadas experimentaron niveles de movilidad similares a los observados en México y Perú. Así mismo, la evidencia también sugiere que la movilidad ocupacional, definida como la probabilidad de pasar, en una generación, de un trabajo de baja calificación a otro de mayor responsabilidad ha sido mayor en Colombia que en los otros países latinoamericanos analizados.

III. CONCLUSIONES

Los resultados anteriores muestran que la mayoría de los colombianos son pesimistas en cuanto a las posibilidades de movilidad social (y, en general, en

cuanto a la justicia del orden socioeconómico pre-
valeciente). Al menos hipotéticamente, estas percep-
ciones podrían estar explicadas por la historia re-
ciente del país, caracterizada, según los estimativos
disponibles, por un alto grado de asociación entre
el logro educativo de padres e hijos.

Más que insistir en la necesidad de aumentar la mo-
vilidad social, incumbe destacar los efectos de eco-
nomía política de un clima intelectual, como el co-
lombiano, caracterizado por una percepción gene-
ralizada de inmovilidad social. Una basta literatura
empírica ha mostrado que una mayor percepción
de inmovilidad conduce a un aumento de la deman-
da por redistribución y (en general) a la exigencia
de una mayor participación del Estado en la provi-
sión de servicios y la regulación económica⁴. El me-
canismo es obvio: cuando la gente considera que las
oportunidades están cerradas para la mayoría, tien-
de a percibir a Leviatán como una especie de justi-
ciero social.

En teoría, al menos, la prioridad otorgada al gasto
público social por la Constitución de 1991 puede
considerarse como una respuesta colectiva a la ine-
quidad percibida y real de la sociedad colombiana.
Pero el problema es que el aumento del gasto so-

cial propiciado por la Constitución no ha disminu-
do las percepciones de inmovilidad. Por el contra-
rio, las mismas parecen haber aumentado reciente-
mente. Probablemente la inmovilidad histórica no
ha permitido valorar los esfuerzos recientes por
ampliar el gasto social y dirigir la acción del Estado
hacia la igualación de las oportunidades y hacia la
protección de la población vulnerable. Esta situa-
ción ha empujado el país hacia una encrucijada
política: cada vez se demanda un mayor papel del
Estado y cada vez se hace más difícil que la socie-
dad como un todo interiorice la restricción fiscal.

Para salir de esta encrucijada no queda otra alternati-
va que tomar al pie de la letra el mandato consti-
tucional de priorizar lo social, al mismo tiempo que
se avance en la necesaria pedagogía sobre lo que
puede y no puede hacer el Estado. Si queremos rom-
per con nuestra historia de inmovilidad social y
romper (al mismo tiempo) con la idea generalizada
de un país de dinastías privilegiadas, no tenemos
alternativa distinta a ser estrictos en el cumplimien-
to de la Constitución y reiterativos en el mayúsculo
esfuerzo fiscal realizado. De lo contrario, seguiremos
gastando más y dándoles la razón a quienes seña-
lan que en Colombia el éxito socioeconómico es un
privilegio de quienes "han llegado allí por enchufe".

⁴ Véase, por ejemplo, Fong (2001), Corneo y Gruner (2002) y
Alesina y La Ferrara (2005).

BIBLIOGRAFÍA

- Alesina, A. y La Ferrara, E. (2005), "Preferences for Redistribution in the Land of Opportunity", *Journal of Public Economics* 89, 897-931.
- Corneo, G. y H.P. Gruner (2002), "Individual Preferences for Political Redistribution", *Journal of Public Economics* 83, 83-107.
- Fong, C. (2001), "Social Preferences, Self Interest, and the Demand for Redistribution", *Journal of Public Economics* 82, 225-46.
- Gaviria, A. (2002), *Los que suben y los que bajan. Educación y Movilidad social en Colombia*, Editorial Alfa y Omega, Bogotá.
- Lillard, L. y R. Willis (1994), "Intergenerational Education Mobility: Effects of Family and State in Malaysia", *Journal of Human Resources* 29: 126-166.